

llama «falso dialéctico y falso cristiano,» le acusa de haber adulterado sin escrúpulo las Escrituras y se burla de su nominalismo, ridículo á fuerza de ser intransigente. Será forzoso decir «que Jesús comió una parte de la palabra pez, no una parte del pez mismo.» Experimenta, en fin, cierto placer en enterarnos de que los canónigos de San Martín de Tours, abadía en que Roscelín fué encerrado, «se cansaron de pegarle con juncos, sin lograr domar por tan justas sevicias un hombre obstinadamente indócil.»

Es que Roscelín había llevado la doctrina nominalista hasta sus últimas consecuencias. No es absolutamente seguro que afirmase que los géneros, las especies, las cualidades fueran «puras modulaciones de voz,» *flatus vocis*, independientes de toda concepción del espíritu. Pero pensaba cuando menos que la realidad concreta no existe sino en el individuo, y que nada en la naturaleza corresponde á lo *general* si no es la palabra. Según él, la naturaleza irreductible de lo individual es tal que un todo no puede tener partes independientes; que las partes mismas, como los géneros y las especies, no son sino palabras. Y aplicaba osadamente esta teoría al dogma de la Trinidad. ¿Para qué tres personas en un solo Dios? O hay tres cosas ó no hay más que una, y se inclinaba á creer que las tres personas divinas formaban tres dioses; de aquí la indignación de San Anselmo y los sarcasmos de Abelardo.

Residenciado ante el concilio de Soissons (1092), se retracta; el pueblo amenaza jugarle una mala partida. En suma, no fué condenado como herético; pero quedó, como sospechoso, incluido en el Índice. Los obispos franceses rehusaron recibirle. Ivo de Chartres le escribió para reprocharle el haber, después del concilio de Soissons, continuado defendiendo sus antiguas opiniones «en reuniones clandestinas.» Le placía darle hospitalidad en su iglesia, pero no se atreve á hacerlo por miedo de que sus diocesanos le acojan con odio: «Cuando conocieran tu nombre, cuando supieran cuál fué en otro tiempo el objeto de tus enseñanzas, irían seguramente á buscar piedras y te apedrearían.»

Obligado á abandonar Francia, se refugió Roscelín en Inglaterra; pero este dialéctico es también un moralista que se empeña en fustigar los abusos y la inmoralidad del clero normando, indignado, sobre todo, al ver bastardos, hijos de sacerdotes, provistos de beneficios y elevados á las dignidades de la Iglesia. Atrae sobre sí los rayos de Thibaud de Etampes, dueño de Oxford, y se hace pronto volver á enviar á su país natal. En 1096 se le halla de nuevo en Loches, más tarde en la abadía de San Martín de Tours, enclaustrado, sin duda, á su pesar y siempre militante. Responde á los ataques de Abelardo por una larga carta en que se defiende de haber sido convencido de herejía y «expulsado del mundo entero á causa de su infame reputación.» Acusa á su vez á Abelardo de haberle calumniado cerca del cabildo de San Martín y de haber escrito con este motivo una carta «tan nauseabunda como el vaso inmundo de que él ha salido.» Le opone la estima en que se le tiene en las iglesias de Soissons y de Reims, en Roma misma en que el papa le acoge con favor. Después con poderoso verbo, pero grosero hasta la invectiva, condena á Abelardo en su doctrina y, sobre todo, en su vida privada: «Dios le ha castigado justamente por donde

ha pecado, Abelardo tres veces criminal con Eloísa. No es ni un clérigo, ni un monje, ni un laico, ni un hombre.»

#### V.—La reacción contra la escolástica. Los místicos (1)

Se adelantaba ya poco entre filósofos. Todas esas discusiones, esas querellas de escuelas en que no se respetaba más á los amigos que á los adversarios, produjeron entre un cierto número de teólogos y de creyentes un vivo sentimiento de reacción contra el principio mismo de la escolástica. El método que aplicaba la razón humana al estudio de las creencias religiosas tuvo sus enemigos, que decidieron prohibir y abandonar esas sutilezas estériles y peligrosas. Teólogos como Ruperto de Deutz (muerto en 1135), que vino á Francia para medirse con Anselmo de Laón y Guillermo de Champeaux, pensaron que bastaba comentar sin crítica la Escritura Santa. Vióse así formarse, no una escuela (la negación de la ciencia no es una doctrina), sino un grupo de dogmáticos intransigentes, adversarios de todo el que pensaba y razonaba.

Uniéronse á éstos, venidos de muy otro punto del horizonte, los que se ha llamado *místicos*, almas tiernas, ardientes, creadas para el acto de fe, para la contemplación, para la comunicación directa con el infinito, más que para las discusiones de escuela y los torneos filosóficos. La creencia de los cándidos y el amor bastaban á esos entusiastas. Desdeñaban la filosofía porque no sentían la necesidad de comprender las cosas divinas.

San Bernardo, á pesar de su ciencia incontestable, desprecia la escolástica, ya lo hemos visto, desde la altura de su fe. Es el primer representante de ese misticismo del siglo XII, que resultó un asilo, un descanso y una alegría para todos los espíritus que rechazaban y abandonaban la aridez, las abstracciones, las temeridades de las dos grandes escuelas dialécticas. La verdadera teología de San Bernardo no consiste en una adhesión ciega á la tradición, aunque él la defendiese con una autoridad que no descendía nunca á la discusión; está, sobre todo, en esos fervores hacia Dios, en ese deseo de claridad en la contemplación, en esa unión del alma con lo divino, que le inspiraron los admirables tratados *De contemptu Mundi* y *De diligendo Deo*. Pero en San Bernardo el misticismo no cesó jamás de estar atemperado por la acción y limitado por el buen sentido. Aquel contemplativo no se sumió jamás en el éxtasis; jamás desvaneció la persona humana en el seno de la persona divina. Fué un místico razonable y práctico, si puede admitirse esta expresión.

Los teóricos del misticismo, los que lo redujeron á sistema y formaron una escuela, proceden de la abadía de Claraval, sin parecerse. Casi todos pertenecen á la abadía de San Víctor. Aun antes de que San Bernardo hubiese desaparecido, fundaron esa teología contemplativa que los últimos pensadores de la Edad media de-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Roth, *Rupert von Deutz*, 1887. Hauréau, *Hugue de Saint-Victor*, 1886. Kaulich, *Die Lehren den Hugo und Richard von Saint-Victor*, 1864. Mignon, *Les origines de la scolastique et Hugue de Saint-Victor*, 1888. Kilgenstein, *Die Gotteslehre des Hugo von Saint-Victor nebst eine Untersuchung über Hugo's Leben und seine hervorragenden Werke*, 1898.

bían desenvolver y refinar hasta el abuso. El verdadero jefe aquí de enseñanza se llama Hugo de San Víctor (muerto en 1143). El sentó las bases de la doctrina en su tratado *De contemplatione et ejus speciebus*. «Comencemos, dice, por contemplar la creación, las obras de Dios: este es el primer grado, la iniciación primera; de este primer grado se pasa al segundo y se contempla, según la obra, el obrero; después de la creación el Creador. Guardémonos de confundir la contemplación con la especulación. Esta es el producto de la ciencia y no comunica al alma sino la sorpresa, la admiración de las magnificencias que le son reveladas. La contemplación, por lo contrario, ciencia más alta que da el amor, llena el alma de maravillosas dulzuras que se transforman en delectaciones y alegrías.» En el fondo Hugo de San Víctor es aún, como San Bernardo, un prudente y un sabio que no quiere que degeneren su misticismo en sutil filosofía. Literato delicado é ingenioso, no dogmatiza desde lo alto de una sede, teme á la ciencia; cree que la sensación es tan perversa como la razón y que la inteligencia no puede obtener sino durante el sueño de la una y de la otra una percepción clara de la verdad. Todo se reduce para él á este axioma: *Saber es creer, y creer es amar*. Estaba encontrada la fórmula de reacción contra la escolástica.

Con Ricardo de San Víctor (muerto en 1173) la doctrina mística toma ya un carácter diferente. La pasión de la ciencia y del dogmatismo la gana é invade á su vez «la escuela de la contemplación.» Quiere, sin duda, como todos los místicos, Ricardo, que el alma salga de sí misma para ponerse en contacto directo con la divinidad; pero utiliza sobre este contacto, sobre esta intuición; formula psicología; marca minuciosamente los grados y las transformaciones de la visión intelectual; nos presenta la contemplación elevándose poco á poco de lo visible á lo invisible, de los sentidos á la imaginación, de la imaginación á la razón, después traspasando la razón misma y tomando posesión inmediata de la verdad. Sus principales obras, *Benjamin Minor* y *De arca mystica*, imprimen á la intuición y al amor el mismo espíritu dialéctico y metafísico que las demás escuelas aplicaron á la razón. Es una especie de revancha de la escolástica que se descarriará también de su dominio. El misticismo hará sus heréticos, como el realismo y el nominalismo, y los tendrá hasta más peligrosos. Acareará al edificio católico de la Edad media, en su período de declive, golpes quizá más mortales.

#### VI.—Pedro Abelardo (1)

Nacido en Pallet, cerca de Clisson, en 1079, primogénito de un noble literato, abandonó Abelardo su derecho de primogenitura y herencia para consagrarse al estudio. Tenía una facilidad extraordinaria, el don de la palabra, amor á la discusión y á la lucha. Muy joven aún, se hizo caballero errante de la dialéctica. «Me pu-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Cousin, *Introduction aux œuvres d'Abelard*, 1844. C. de Rémusat, *Abelard*, 1845. Deutsch, *Peter Abelard, ein kritischer Theologe des XII. Jahrhunderts*, 1883. A. Hausrath, *Peter Abelard*, 1893. Vacandard, *Abelard, sa lutte avec Saint Bernard, sa doctrine, sa méthode*, 1881; y *Vie de Saint Bernard*, tomo II. W. Meyer, *Die Anklagesätze des heiligen Bernhard gegen Abaelard*, 1898.

se, dice, á recorrer las provincias, trasladándome á todo lugar del que oí decir que estaba allí en boga el estudio de este arte, siempre discutiendo como un émulo de los peripatéticos. Aspiraba á la dirección de las escuelas.» Hallaba una situación consolidada, un profesor en posesión de la admiración pública y del renombre, y acudía á él para combatirle y ponerse en su lugar. Se ha visto cómo trató á sus maestros, Roscelin y Anselmo de Laón. En París la escuela episcopal de Nuestra Señora estaba henchida de la gloria de Guillermo de Champeaux y cerrada á los adversarios del realismo. Comienza Abelardo por asaltar de lejos esta fortaleza: abre una escuela en Melún, después en Corbeil (1102), y en fin, seguro de sí mismo, de su reputación y de sus discípulos que aflúan alrededor de su cátedra, se establece en París mismo, sobre la montaña y en el claustro de Santa Genoveva.

Llegábanle oyentes de todos los países de Europa. Hasta los enemigos de Abelardo reconocían su superioridad y el éxito inmenso de su enseñanza. Tenía esas exterioridades encantadoras á las que no resiste la muchedumbre y con que se dejan ganar, sobre todo, los jóvenes y las mujeres. Hermoso, elegante, con voz de dulzura y flexibilidad sorprendentes, era poeta, cantor, músico. Su aventura con la sobrina del canónigo Fulberto, Eloísa (una de las numerosas doncellas que se aglomeraban al paso del profesor de moda), fué el origen de todas las desgracias que Abelardo contó en su *Carta á un amigo*, obra de humildad y arrepentimiento en apariencia, pero que no estaba destinada á ser únicamente confidencial y corrió el mundo desde el día en que fué escrita.

Obligado á renunciar al siglo, se hizo monje y entró en la abadía de Saint-Denis; pero esa naturaleza ávida de aplausos, incapaz de quietud y de obedecer una regla, no se resignó á la obscuridad del claustro. Apenas entró, salió, satisfecho al ceder á las instancias de sus discípulos. Fundó una escuela ó priorato en Maisoncelles-en-Brie (1120), «y tal fué la afluencia de auditorio, escribe, que el local no era suficiente para contenerlo, ni la tierra para nutrirlo.» Las audacias de su enseñanza teológica, y sobre todo la obra en que exponía su doctrina sobre la Trinidad, la *Introducción á la teología*, le llevaron ante el concilio de Soissons (1121). Fué el libro quemado públicamente y condenado el autor, sin ser oído, á vivir como prisionero en la abadía de Saint-Medard. Profundamente sorprendido y quebrantado, atribuyó su condenación al odio y los celos que despertaba su superioridad. Desarrollóse en él desde entonces esa maliciosa disposición á creerse perseguido por todos, á no ver sino enemigos y envidiosos. ¡Extraño temperamento, á la vez audaz y temeroso, provocando voluntario á sus adversarios y lamentando verse objeto de represalias!

Trasladado de Soissons á Saint-Denis, destruyó allí la leyenda que hacía de San Dionisio el Areopagita el fundador y el patrón de la gran abadía real y de la misma monarquía. ¡Casi un crimen de lesa majestad! Fué Abelardo obligado á abandonar de noche Saint-Denis y retirarse á la tierra del conde de Champaña. Anuncia entonces su propósito de hacerse ermitaño y se instala en un lugar desierto en Quincey, cerca de Nogent-sur-Seine, donde levantó una especie de oratorio de cañas

y de paja. «Allí, dice, escondido con uno de mis amigos, podía, en verdad, decirme con el Señor: Ved que me he alejado por la huída y me he detenido en la soledad.»

Esa soledad duró apenas algunos días. Así que fué conocido su retiro, acudieron los estudiantes, «abandonando ciudades y castillos para habitar un desierto, dejando vastas habitaciones por pequeñas cabañas que se construían por sí mismos, manjares delicados por hierbas salvajes y un grosero pan, blandos lechos por la paja y el musgo, mesas por bancos de césped.» Lejos de experimentar la menor contrariedad al ver violado su retiro é invadida su ermita, habla Abelardo del chasco de sus adversarios con evidente satisfacción: «Decían: Ved aquí que todo el mundo se ha ido tras él, nuestras persecuciones nada han conseguido, no hemos logrado sino aumentar su gloria, queríamos apagar el brillo de su nombre y lo hemos hecho resplandecer. Ved aquí que los estudiantes desdeñan los atractivos de las ciudades y corren á buscar á su lado las privaciones y la soledad.» Y añade: «Yo estaba oculto en aquel lugar (oculto en medio de muchos millares de estudiantes), pero mi renombre recorría el mundo entero y lo llenaba con mi palabra.» Esto era lo que sin duda interesaba más á este ermitaño de nuevo género (1122-1125).

No permaneció mucho tiempo en su desierto, que él llamaba la Consolación ó el *Paraclet*, á pesar de lo poblado que se hizo. Temía nuevas persecuciones. Sus temores y también la necesidad de variación le indujeron á aceptar la dirección de aquella abadía de Saint-Gildas en Bretaña, que nos ha pintado bajo los más negros colores (1126). Monjes indóciles, licenciosos, ladrones, resistieron á todas sus tentativas de reforma, se confabularon contra él con los señores vecinos é intentaron hasta envenenarle. Vivió, sin embargo, en este intolerable medio diez años y compuso la mayor parte de sus obras más importantes. «Me consideré en adelante, dice él mismo, como el único filósofo sobre la tierra y no veía ninguna rivalidad que temer...; al cabo de poco tiempo reinaba por completo en el dominio de la dialéctica.»

Fué, en efecto, el dominador intelectual, el dictador del pensamiento científico del siglo XII. Sin haber tenido como filósofo el mérito de los iniciadores originales y poderosos, midió en todos los sentidos el campo de la reflexión humana. En lógica y psicología (tratados sobre la *Dialéctica*, sobre las *Ideas*, sobre las *Causas y las Especies*) refutó los excesos de los realistas y de los nominalistas é hizo prevalecer en la escuela de París un conceptualismo que constituía un progreso real del pensamiento filosófico, puesto que fundaba la existencia de las ideas generales sobre un razonamiento del espíritu. En moral (*Ética ó Conócete á ti mismo, Noscete ipsum*) su doctrina es que el bien y el mal residen, no en el acto mismo, sino en la intención. El consentimiento al mal es lo que forma el pecado. ¿Y quién es juez del bien y del mal? La conciencia humana, pero esclarecida por el amor de Dios; de la voluntad divina es de quien depende la distinción del bien y del mal; el amor de Dios es el soberano bien y se confunde para Abelardo con la virtud. Dios no hace sino lo que debe hacer y todo lo que hace es lo mejor posible. Esta elevada concepción de la moral estaba en oposición directa con la

doctrina de la eficacia de las prácticas materiales del culto sobre la que reposaba el catolicismo de la Edad media. En una nación que hacía un deber y un placer de matar los paganos y quemar los herejes, predicaba Abelardo la tolerancia religiosa, como se haría seis siglos después de él. «No emplees jamás la violencia para atraer tu prójimo á tu fe; sólo por sus luces debe el espíritu humano determinarse. En vano procurarás obtener violentamente una mentida adhesión; la fe no procede de la fuerza, sino de la razón.»

Profesor incomparable, determinó «un movimiento escolar» como no lo había visto jamás antes la Europa medioeval. Se le ha dado á veces el título de «fundador de la universidad de París,» expresión á primera vista singular, puesto que vivía en una época en que esta universidad no había aún nacido. Pero existía virtualmente desde Abelardo, por la celebridad misma del maestro, el carácter de sus lecciones, la afluencia extraordinaria de estudiantes franceses y extranjeros que había atraído y retenido alrededor de su cátedra. Su método es el que ha prevalecido en esta universidad parisiense del siglo XII y del siglo XIII en que el mundo entero venía á ella á instruirse. Y ese método en el fondo no es sino la duda científica precediendo á la indagación racional de lo verdadero. Él mismo la definió en el célebre tratado titulado *Si y no, Si et non*, que no es sino una acumulación de argumentos en pro y en contra sobre todas las cuestiones importantes de la teología: «Expongo estas contradicciones para que exciten á mis jóvenes lectores á buscar lo que es verdadero, para que aviven sus espíritus por efecto de esta investigación.» Es, pues, imposible equivocarse. La intención de Abelardo no era la de llevar las almas al escepticismo, demostrando que todo problema puede ser objeto de soluciones exactamente opuestas, sino de habituar á pesar el pro y el contra para hacerle encontrar en seguida la solución justa. Exige una *duda provisional*; pero el ejercicio mismo de esta duda, la excitación de la curiosidad, la confianza en la capacidad de la razón eran ya para el espíritu el comienzo de la emancipación, el punto de partida de la ciencia.

Se formaría, sin duda, una idea absolutamente falsa de Abelardo si se viese en él un racionalista convencido en rebelión contra la ley y la autoridad, queriendo en todas las cosas substituir el espíritu á la letra y el pensamiento libre á la tradición. Nadie ha sido más autoritario en este sentido, pues nadie ha hecho del testimonio escrito un uso más constante y más extenso. Le es la autoridad tan cara, que no se conforma con invocar los testimonios de los libros santos y les agrega los de los filósofos profanos. Su doble erudición de teólogo y de literato le lleva á hacer una extraña amalgama de los textos tomados del Antiguo y del Nuevo Testamento y de los que le proporcionan Platón, Aristóteles, Porfirio, Boecio y hasta simples literatos como Virgilio y Lucano.

A los ojos de un cristiano rígido como San Bernardo, esta mezcla de lo sagrado y de lo profano parece una exageración peligrosa y un comienzo de impiedad. La Iglesia se inquietó de la amplitud de espíritu que el sutil profesor daba de ordinario á sus concepciones y definiciones de las verdades religiosas y morales. A pesar suyo, sin saberlo, Abelardo, aun sin tener jamás la

intención de romper con la ortodoxia, se dejaba arrastrar más allá de la doctrina oficial. Este partidario de la tradición tiene sus horas de independencia y sale con novedades atrevidas. Asombra á los teólogos descubriendo que han puesto muchas obras apócrifas bajo el nombre de santos á fin de darlas autoridad, y que muchos pasajes de los dos Testamentos han sido alterados por los copistas. Es uno de los primeros que dieron valor científico á la exégesis cristiana. Hablando de la Redención, tan importante en la doctrina del cristianismo, no admite la idea de un rescate por el sacrificio destinado á liberrar á los hombres del yugo del mal; quiere que la redención sea sólo el amor de Cristo por nosotros en la Pasión. La Encarnación no es apenas para él sino una manifestación de la ley moral sobre la tierra. En fin, interpreta el misterio de la Trinidad, tomando el fundamento contrario de la doctrina de Roscelin hasta el punto de negar al Hijo y al Espíritu Santo el carácter de la personalidad divina (*Introducción á la Teología y Teología cristiana*).

Los ortodoxos se asustaron de tal modo de las audacias del abad de Saint-Gildas, que no pudo resistirse al deseo de volver á emprender en París la enseñanza y á encontrar en él las alegrías de la popularidad ruidosa. Volvió aquí á los cincuenta y cinco años (1136) á oír las aclamaciones de un auditorio entusiasta, y sus nuevos éxitos fueron tales que San Bernardo se decidió á denunciar el peligro á toda la Iglesia (1139). Sabía que Abelardo tenía discípulos y mantenedores por todas partes hasta en la corte de Roma. Se dirigió igualmente á los cardenales con esa fogosidad de lenguaje y aquel desbordamiento de indignación que constituye el carácter habitual de su polémica. «Tenemos en Francia un monje sin reglas, prelado sin solicitud, abad sin disciplina, tortuosa serpiente que sale de su caverna, nueva hidra que por una cabeza ya cortada (en Soissons) retoña otras siete. Este perseguidor de nuestras creencias, monje por fuera, hereje por dentro, camina rodeado por la muchedumbre, razona sobre la fe por los burgos y las plazas, discute con los niños, conversa con las mujeres y consagra con su pluma, sobre los dogmas más santos, las herejías más detestables.»

No fué, sin embargo, el abad de Claraval el que en 1140 solicitó ser confrontado en un concilio con su adversario. Abelardo, siempre dispuesto á desafiar á los que temía, quiso que se le pusiera en presencia de su denunciador, imaginándose que iba á tratar de igual á igual con ese poderoso, á discutir como en campo cerrado y á triunfar según su costumbre. Fué pronto desengañado. Rehusó en un principio Bernardo ir á Sens, donde debía celebrarse el concilio. «No quiero comparecer, escribió al arzobispo de Sens, porque en realidad yo no soy sino un niño; porque mi adversario está aguerido en la controversia desde su juventud, y por otra parte, juzgo deshonoroso acometer con las sutiles argucias del hombre la autoridad de la fe fundada sobre la verdad misma.» Pero se le hizo observar que no podía eximirse de la lucha ni dar lugar á creer que él mismo dudaba de su causa y procuraba al enemigo un triunfo fácil. Fué, pues, al concilio «á pesar suyo y con las lágrimas en los ojos.»

Reunidos en la iglesia metropolitana de San Esteban de Sens el rey Luis VII, los obispos del concilio y

una multitud de señores y de clérigos, esperaron un duelo emocionante, pero su decepción fué mayúscula. San Bernardo no tenía ningún deseo de medirse cuerpo á cuerpo con el más temible dialéctico del mundo. Se limitó á hacer leer diez y siete proposiciones erróneas, sacadas de las obras de Abelardo. No esperó éste ni á que se acabase la lectura. Se levantó, dijo que apelaba al papa y salió. Se veía condenado anticipadamente por un adversario implacable y por jueces preparados. ¿Tenía más confianza en la imparcialidad del papa? ¿Se sintió, como dicen los panegiristas de San Bernardo, deslumbrado y como aterrorizado por el aspecto del santo á que obedecían la Iglesia y la cristiandad entera? Esta última explicación no es apenas creíble. Sea lo que fuere, si calculó, no le salió bien su cálculo á Abelardo.

El concilio de Sens condenó al inculcado, como lo había hecho el concilio de Soissons, sin haber oído su defensa y sin haberle convencido (2 de junio de 1140). Parecía que se iba más contra su persona y su enseñanza que contra su doctrina escrita. Aspiraban sus adversarios, ante todo, á cerrarle la boca y á substraer los estudiantes á su influencia, sin comprender que la persecución y la intolerancia le engrandecían. Inocencio II y sus cardenales, decididos por nuevas apremiantes cartas de San Bernardo, rechazaron la apelación de Abelardo, declararon herética su doctrina y le impusieron silencio perpetuo. Imposibilitado de poder hablar ante los jueces, escribió una apología en que hacía una profesión de fe ortodoxa, sin retractarse, por lo demás, de lo que había pensado y enseñado. Intentaron sus discípulos vengarle, y uno de ellos, Berenguer, publicó contra San Bernardo y el concilio de Sens una violenta sátira en que presentaba á los obispos discutiendo las doctrinas del enemigo en medio de un banquete y condenándolas *inter pocula*. Pero Abelardo, envejecido, descorazonado, gastado, renunció á una lucha imposible. Le hubiera sido preciso salir de la Iglesia, lo que jamás había querido. Acogido en Cluni por Pedro *el Venerable*, permaneció allí como en un asilo de paz, se sometió como un simple monje á la regla, cayó enfermo y se hizo enviar á una prioría de la orden, á San Marcelo de Chalóns. Terminó piadosamente la más agitada de las vidas el 21 de abril de 1143.

## CAPÍTULO VIII

### LA LITERATURA Y EL ARTE

I. Progreso de la literatura latina.—II. Las letras romanas. La epopeya y la poesía lírica.—III. Desarrollo del arte románico y aparición del arte gótico.

#### I.—Progreso de la literatura latina (1)

La naciente audacia del pensamiento no se mostró sólo en las obras y las enseñanzas de los teólogos filósofos. Era difícil que la cultura literaria no se resintie-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—*Histoire littéraire de la France*, tomo X y siguientes. Bourgain, *La Chaire française au XII<sup>e</sup> siècle*, 1879. Pasquier, *Baudri, abbé de Bourgueil*, 1878. Ernault, *Marbode, évêque de Rennes*, 1890. Petit de Julleville, *Les Mystères*, tomo I, y el *Grundriss* de Groeber, citado más arriba, página 514.